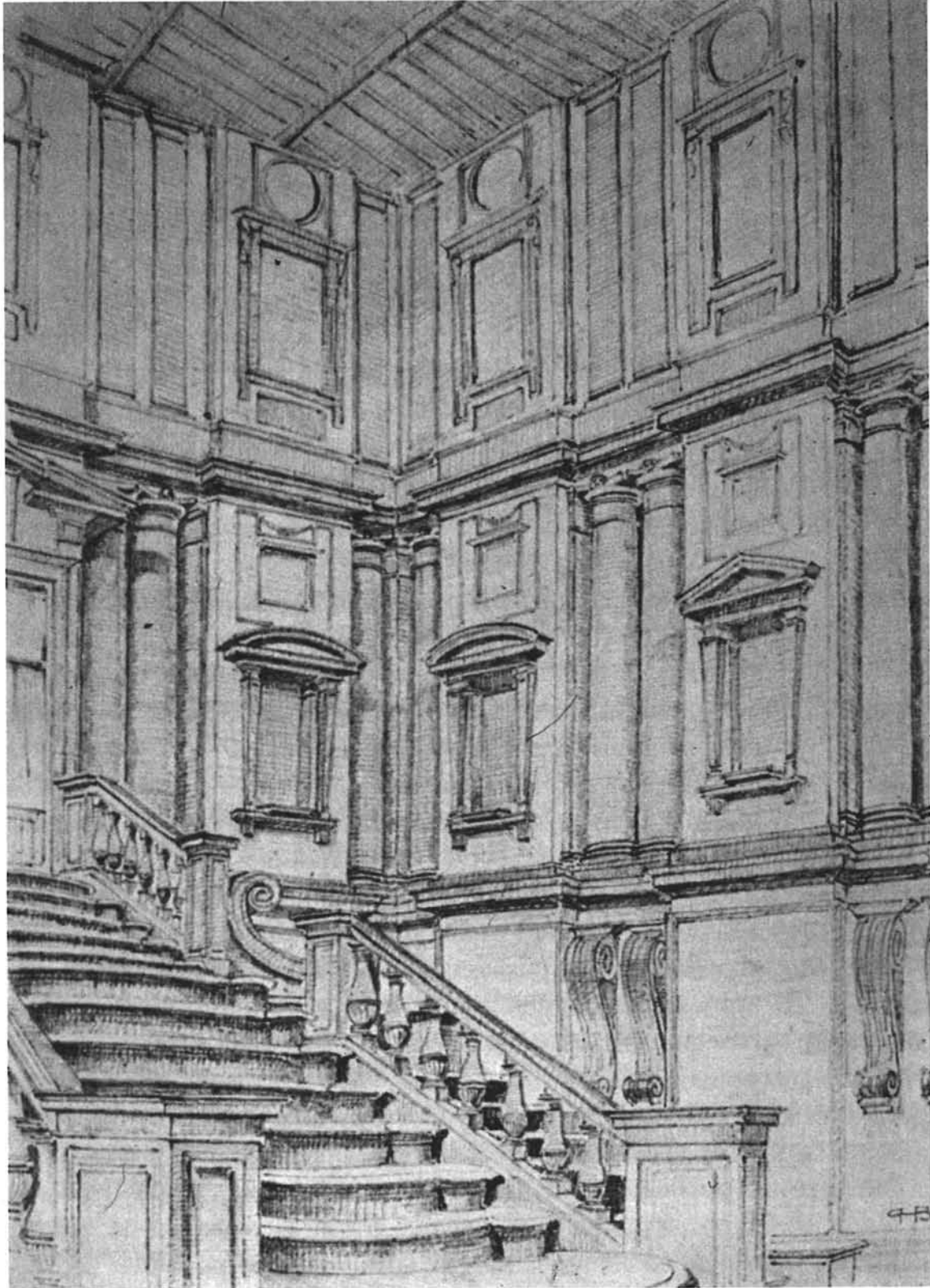


tud de sermones y novelas de vaqueros. No ha sido nunca España un país de muchos ni de grandes lectores, y aún ahora hay quien lee con gesto expectante, como esperando órdenes de un gurú o un director espiritual. Escribir entre nosotros no ha sido solamente llorar, sino también predicar, y el resultado es ese respeto supersticioso con que aún se mira al escritor (combinado, en paradoja que algún ensayista de inclinaciones antropológicas tendrá que dilucidar alguna vez, con buenas dosis de desprecio e indiferencia). De ahí que algunos escritores hayan heredado los modales de otro tiempo y hagan uso del fácil recurso del ataque o la arenga, sazonzando sus subidas al púlpito con frases de gracioso de comedia. Las cosas van cambiando, por fortuna, pero España sigue siendo un país donde un escritor puede forjarse una reputación sobre la base de ocurrencias y maledicencias, y quien no se preste a tales juegos tiene garantizada una reputación de severo o arisco, que es otra forma educada de decir pretencioso. Y ya sabemos que no hay cosa peor entre nosotros que un escritor con pretensiones.

Una segunda consecuencia de esta frágil relación entre escritor y lector es la actual subida a los altares del ideal de comprensibilidad, la exigencia un tanto desmesurada de que cualquier escrito rinda su secreto tras una primera lectura. Dejando de lado su endeble armazón ideológico, esta actitud tiene un fondo indudable de paternalismo y falta de respeto al lector, al que se considera incapaz de trabajar por sí mismo y bracear en las aguas del lenguaje. Seamos razonables y no otorguemos a ciertos atributos literarios un valor previo: ni la claridad ni la oscuridad son por sí mismas garantías de nada. No me parece que *Muerte sin fin*, por ejemplo, sea muy claro, no al menos de acuerdo con la limitada definición de claridad que postulan muchos de nuestros poetas; sin embargo, el poema de José Gorostiza («Lleno de mí, sitiado en mi epidermis/ por un dios inasible que me ahoga») está entre la mayor literatura de este siglo. Como dice el mejor Alberti, en versos que Antonio Martínez Sarrión ha citado gustoso, «Poeta, por ser claro/ no se es mejor poeta./ Por oscuro, poeta,/ no lo olvides/ tampoco». Esta es una verdad tan evidente que ruboriza un tanto tener que recordarla. Tal vez esta obsesión reciente por la inteligibilidad pase al fin, como pasan las obsesiones y las modas. Pienso, no obstante, que tiene una relación profunda con ciertos rasgos de nuestra cultura literaria, necesitada de mayor rigor y de un componente reflexivo más intenso. Cierto, la creación participa de la fatalidad: sus leyes son tan inexorables como las del deseo y no coinciden necesariamente con esta voluntad de normalización que acabo de expresar. Pero sin un caldo de cultivo que privilegie el rigor, la transparencia y el diálogo, cualquier logro creativo será fruto del azar y el trabajo a contracorriente. Y en esas estamos aún.



Miguel Angel: Biblioteca Laurentina. Florencia